

PUEBLO CONTINENTE (II)

Ensayos para una interpretación de la América Latina

Antenor Orrego

Segunda Sección BUCEANDO EN EL ABISMO

1º EL DESTINO TRASCENDENTE DE AMÉRICA

I INTUICIÓN, RAZÓN Y VERDAD

No creo que haya nada más importante para un pueblo, para una raza, para un Continente, que precisar en su conciencia vigilante -hasta donde esto sea posible- la nota característica que viene a emitir en el acorde del mundo. *Saber su melodía* en la vasta armonía de lo humano, es haber comprendido el sentido de su destino. Mas, el destino está constituido y determinado no sólo por las fuerzas racionales sino, también, por las potencias irracionales que actúan en planos adonde no podemos llegar sino con el poderoso garfio de la intuición. La asociación conceptual corriente no nos conduce jamás a las metas, a los alumbramientos totales. Se revuelve sobre sí misma, como la serpiente simbólica que se muerde la cola. Actúa dentro de una constelación dada de verdades que la intuición ha hecho accesibles a la conciencia, pero, no es el rayo que produce el resplandor en la tiniebla, ni la Inteligencia o el Logos que reorganiza el Caos, que hace surgir del Espacio y en el Espacio, el Cosmos. Nuestra razón, en puridad de verdad, en un sentido irrestricto, no es un instrumento de investigación, sino un instrumento de realización y de expresión, un vehículo trasmisor de verdades, una potencia transitiva y de contagio para el entendimiento de los otros. Una suerte de *pioneer* que abre la vía y rotura el camino en la aventura peligrosa y problemática de la sabiduría.

Conocer una cultura y comprenderla es haber precisado las intuiciones capitales en que se funda y es, también, precisar las razones nuevas que ha puesto en circulación. Que la razón es una potencia independiente de la verdad o verdades que expresa nos lo revela de una manera deslumbrante la prodigiosa aventura de los sofistas griegos que probaron el pro y el contra de una

cosa y que manejaron, con una gallardía que no ha vuelto a repetirse en la historia, la facultad razonante o racionalizante del hombre. En la Edad Media el continuador de la tradición sofística fue el teólogo escolástico, y en la vida contemporánea, el abogado y el rábula son los únicos que han mantenido la flexibilidad de la razón como instrumento expresivo. En los últimos tres siglos, nunca el poder del sofisma racional alcanzó la eficacia y la universalización dogmática que en 1914, cuando cada grupo de beligerantes se disputaba la opinión favorable del mundo.

La potencia racional del hombre actúa en círculos cerrados, como la serpiente de la fábula, y nunca es capaz de traspasar su propia frontera. El loco razona con admirable destreza dentro del círculo cerrado de sus obsesiones o ideas fijas, pero, jamás intuye ninguna verdad acerca de su propio destino o del destino del Mundo. Dentro de su constelación racional privativa, el demente es irrefutable por el hecho sencillo de que las razones de los unos no sirven para los otros; porque el valor convincente de un determinado género de razones está en relación y correspondencia directa con el temperamento del sujeto que razona. Ya Pitágoras dijo que el vicio de la razón era la locura.

La América necesita crear sus propias razones; necesita dar un vehículo racional a sus intuiciones sobre la totalidad y significación de la vida. Las verdades que afloran en la conciencia tienen que *racionalizarse* por ser eficaces, para construir la sólida y tangible armazón de una cultura. La razón es como el sistema óseo de un organismo, en torno del cual toman forma y consistencia las intuiciones, las verdades, las emociones, las reacciones vitales de una raza, de un pueblo, de un continente.

El destino de un pueblo es la resultante de una ecuación de factores biológicos, síquicos, telúricos e históricos que se organizan y se conforman en un sentido determinado, en una modalidad vital, en un *estilo*. La verdad de una raza es sólo y únicamente su estilo, y la grandeza de

ella depende de la mayor o menor profundidad con que realice y exprese este estilo. No hay verdades impalpables, etéreas y objetivas, en el sentido absoluto, sino verdades que se *encarnan* en formas racionales, en armazón vital, en plasmas germinativos.

Ahora bien, América no ha tenido un estilo porque no ha tenido una verdad o conjunto de verdades originales que expresar ante el mundo encarnadas en una organización biológica, en una forma concatenada y congruente, en un todo tramado y textura para su expresión adecuada.

Mas, es preciso que lo tenga. De un caos parecido salieron todos los pueblos en que florecieron las más grandes culturas de la historia. Caóticos fueron siempre todos los principios. Una y otra vez ha de cumplirse la ley cósmica que establece que de una involución emerja un nuevo proceso evolutivo.

Ningún organismo -pueblos, razas, hombres- es de una manera fija y conclusa. Todo organismo se hace y deviene perpetuamente. Tanto está el presente en el ayer, como el ayer en el porvenir. El presente es el trampolín y el *élan* del mañana.

En la historia no hay pleonasmos, no cuenta la peripécia superflua. Lo que fue hecho una vez está siempre haciendo y creando. Cada hecho está cargado de consecuencias y él mismo es una consecuencia de otros hechos anteriores. El instante histórico engendra y es engendrado. Es paternidad y, a la vez, filiación.

En América ha faltado el ojo histórico. Por eso no ha surgido todavía una conciencia histórica, una conciencia continental. Su realizarse ha sido una realización instintiva, sin intención ni propósito alumbrado.

Hasta aquí el azar o lo que aparecía como el azar, porque aun no se había expresado en razón histórica. De hoy en adelante, la conciencia, el propósito trascendente, el sentido histórico.

II

EL DESGARRÓN HISTÓRICO

Desde la Conquista, América ha tenido una historia periférica y extravertida. El mundo se ha insertado en ella, como una avalancha que rompe el dique de contención y permanece extraña al área invadida. Sus acontecimientos eran acontecimientos europeos, extraños, exóticos; letras de un alfabeto que pertenecían a un lenguaje distinto; signos y símbolos impuestos desde fuera y, por lo tanto, incapaces de expresar ningún *estilo*, ninguna intimidad entrañable y congénita.

Cuando Roma somete a Grecia, la cultura griega con-

quista, a su vez, al invasor; pervive dentro de él y se continúa en floraciones magníficas. Más aún, la cultura griega a través de Roma se universaliza, toma un vuelo poderoso y gana el imperio del mundo. Conquistadora de su vencedor hace de él el mejor vehículo de su expansión universal. Hasta Roma, la cultura griega no fue sino una cultura provincial, una cultura mediterránea, hasta cierto punto localista y circunscrita. Con Roma, el mundo se *heleniza* y la abeja ática prende sus panales en Britania, en la Galia, en Germania, en Hispania, centros de donde se irradia después al porvenir. Ninguna conquista, como la romana, sirvió mejor los designios más profundos, el destino esencial de una raza "vencida". Roma jugó un papel decisivo para Grecia y, tal vez, sin ella, su cultura habríase extinguido sin repercusión mundial, a orillas del mar Egeo. El mundo habría tomado entonces, otros caminos. En realidad, la conquista romana no fue para Grecia, en último extremo, una tragedia, sino un florecimiento, una expansión vital, una continuidad histórica.

Para América, la conquista Europa fue una *catástrofe*, una tragedia de proporciones cósmicas, ya que ella significó no sólo el hundimiento y el eclipse de una raza que había llegado a un estadio resplandeciente de civilización, sino, también, la inserción de un alma extraña que vino, a su vez, a trizarse o, cuando menos, a deformarse dentro de las poderosas fuerzas geo-biológicas que actuaban en la tierra continental como disolvente, como una energía letal y corrosiva. De este choque salieron moribundas y cadaverizadas, como sombras espectrales, el antigua alma indígena y el alma invasora de España.

En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza vigorosa por obra de la conquista y la violencia de la barbarie occidental. Esta raza cumple un ciclo de vida y de cultura superior, sin el concurso ni la aportación de las otras razas. Caso único en que se abre el seno de un Continente como un hipogeo cósmico, para que viniera a cadaverizarse y podrirse todos los pueblos de la tierra, dejando un *humos* humano, rico en elementos fecundantes y en posibilidades inauditas.

Por eso, América ha vivido sin su propia experiencia. Toda su vida histórica, es decir, toda aquella parte de su vida que se inserta en el acontecer del mundo, ha sido un *abismarse* de Europa en ella, una fusión de todas las razas en sus tórridas entrañas. Caso en que una prehistoria es superior, es más que la historia, porque lo que conocemos del Imperio Incaico era ya, desde hacía mucho tiempo una decadencia, no ha creado todavía nada en América, no ha hecho sino repetirse mal, y repetirse destruyendo lo que había de vivir, orgánico y fuerte en esta parte del mundo.

Y éste es el desgarro de América. Un desgarro que se cumple hasta en el hecho simbólico de que un navegante sale en busca de una cosa y, de súbito, se encuentra con otra. América es, pues, la aventura, el gran tropezón histórico de Colón y, por eso, en cierto sentido, la hija de lo fortuito y de lo inesperado. América constituye el recommienzo de una vida nueva para la cual no sirve, en su significado concreto y particular, ni la experiencia, ni las leyes, ni las normas que ensayaron el hombre europeo y el hombre oriental a través de los siglos. América es una nueva posibilidad humana.

Mientras el resto del mundo se encuentra, ya en forma cristalizada y fija, ya en plena fusión disgregativa. América es, todavía, un plasma móvil, un fenómeno en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas se hallan en su madurez o en su declinación porque han encontrado el sentido de su solución humana, América es todavía una infancia, una incógnita problemática. Y, si hasta hoy ha sido un Sepulcro, es indudable que ya comienza a ser una Cuna.

III SÍNTESIS DE RAZAS Y CULTURAS

Desde hace cuatro siglos todas las razas están derriéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de integramiento y de reconstitución, para mañana. El ojo miope y retrasado miope no ve sino el caos, la heterogeneidad momentánea y epidérmica de la cual casi no puede hablarse sino en pretérito, puesto que ha comenzado el proceso de integración. El indio, el blanco, el asiático, el negro y todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el *hombre americano*, cumplido ya para el porvenir de la humanidad.

Ha sido precisa esta encrucijada de América para que todas las razas no encuentren el *ultra*, el más allá del hombre sino desintegrándose. Parada o involución de un proceso que habría de seguir, después su continuidad, América está cumpliendo o ha cumplido ya su función de osario o pudridero para ser la microcósmica entraña del porvenir.

Hasta este momento las razas se han desarrollado unilateralmente, aisladas, circunscriptas, ignorándose y despreciándose mutuamente. La palabra *ostys*, con que el ciudadano romano designaba al extranjero, continúa definiendo todavía la actitud que, en el fondo, un pueblo adopta con respecto al otro, por más que se disimule este

sentimiento, bajo las ceñidas fórmulas de la cortesía internacional. Los nacionalismos deflagrantes que han generado el ambiente explosivo de Europa, no sólo han surgido de causas puramente económicas -aunque éstas sean los factores principales-, sino también, de la abismática incompreensión e ignorancia que hay entre pueblo y pueblo, entre raza y raza. Es particularmente significativo que dos pueblos vecinos y fronterizos como el francés y el alemán, se odien hasta el exterminio y que la palabra *ostys*, el enemigo, tenga casi el mismo sentido destructivo que en la vieja Roma. Y este ejemplo puede multiplicarse en la vida contemporánea.

Hasta cierto punto, era necesario esta desconexión hostil. Los pueblos no alcanzan un estadio superior, desde sus planos inferiores, sino chocando y negándose entre sí. Si es cierto que esta desconexión fue negativa, en cierto respecto, cobijaba, sin embargo, por contraste, a cada raza en sus respectivas afirmaciones y posibilidades vitales dentro de su propio ser. Realización o expresión, tanto como libertad es límite. No se puede vivir sin limitarse porque significaría la disgregación antes de la madurez, la dispersión periférica antes de encontrar y definir su propia alma. La palabra y la acción expresan el pensamiento y lo matan, para seguir viviendo. Vivimos muriendo. Es el sentido agonístico.

Pero, a diferencia de los demás continentes, América es un nudo. En ella se cruzan, confluyen y conectan, como en el centro de una rosa náutica, los caminos de todas las razas. Arrastradas por fuerzas biológicas superiores, obedeciendo a sus más profundos designios de continuidad vital, a la manera como ciertos peces de los mares del norte, atraídos por fuerzas telúricas irresistibles, emigran a las aguas del sur para cumplir el acto supremo de la fecundación, los pueblos de toda la tierra buscaron la confluencia de América para superarse e integrarse recíprocamente.

Es la confluencia del Oriente y del Occidente en una tierra nueva. El Oriente nos trae el conocimiento del hombre en su totalidad subjetiva, en su yo trascendente, en su concordancia con el Cosmos, en su fusión o sumersión en "Dios". Gracias al Oriente, el hombre sabe que, a la vez que un centro, es un punto periférico del Universo. El Oriente, por sobre las razas y las diferencias, nos da el hombre universal, el hombre cósmico. De allí su profundo, su acendrado sentido religioso, su comunión mística y física con la naturaleza.

Ninguna filosofía, como la oriental, llegó a la síntesis suprema de su pensamiento, al alumbramiento de los grandes y totales panoramas del espíritu, a la armonía del alma interna. El pensamiento europeo es analítico, ana-

tómico, disgregativo. No supera jamás la razón que constituye su realidad, su vida y su fuerza, pero que también es su cárcel. El pensamiento oriental comienza donde acaba el occidental, donde éste encuentra su barrera intrasmontable, su frontera última. El filósofo de Koenigsberg señaló con admirable precisión, el límite del conocimiento europeo. El pensamiento occidental es racional y consciente; el oriental, supra-racional y supra-consciente. En Oriente la facultad intuitiva se hace constatación experimental por medio de los órganos internos. No hay conflicto entre la religión y la ciencia.

Europa, en cambio, aporta sus técnicas, nos da el hombre concreto y colectivo, el hombre en convivencia mutua, el hombre político y posesivo por excelencia. Mientras que el Oriente nos da el hombre genérico a trueque de *gasificarse* por falta de contención terrestre, el Occidente nos da el hombre de carne y hueso, la criatura telúrica enfocada en sus inmediatas realidades vitales. Su filosofía, su arte, su industria, su política, su economía son un reflejo de estas características esenciales.

Hombre político o externo, en el sentido que decía Aristóteles, y hombre subjetivo e interno, he aquí los factores de la síntesis que dará el Oriente y el Occidente en América.

IV AMÉRICA, EQUÍVOCO DE AMÉRICA

Como América, es un hipogeo, cumple su acción funeraria aun en aquellas porciones del Continente, como Estados Unidos, en que se nos aparece bajo una superficie progresiva y brillante. Paramento vistoso como fúlgidos alamares que cubre un esqueleto sin alma. Es estucado perfecto de una civilización que disimula y oculta la fermentación corrosiva de un pudridero cósmico. Este fenómeno se explica diáfananamente por el hecho que en Estados Unidos, la invasión europea no tuvo que chocar con la poderosa resistencia espiritual de una cultura superior, como en el Perú o en México. Los pieles rojas al contacto con el europeo retrocedieron hacia los lugares desolados y abruptos para ser, luego, cazados como fieras. El puritano y el bandido europeo se establecieron sin chocar con ninguna fuerza indígena pugnaz. Política y económicamente se organizaron *a su gusto*, para emplear su gráfica expresión popular, mientras que en México y en el Perú los españoles, para establecer sus instituciones políticas, religiosas y económicas, se encontraron con serios problemas que resolver. Por eso, en Norteamérica pudo realizarse la yuxtaposición casi perfecta de una cultura extraña, y los utopistas europeos de la época pensaron en

la tierra nueva para instituir, como en *tábulas rasas*, sin tradición cultural alguna, sus falansterios y sus repúblicas platónicas. Más de un presunto o efectivo discípulo de Campanella o de Fourier, soñó en las "tierras vírgenes" de América para sus realizaciones ideales. Para el puritano el territorio invadido fue *res nullius*, en sentido absoluto; para el español, significó una lucha tenaz y desgarrada contra una organización jurídica milenaria y perfecta en su nivel y en su época. Tuvo que trizar y romper violentamente un sistema económico, social, político y religioso que, dentro de sus condiciones peculiares, era superior al europeo.

Porque Europa se estableció sin resistencia cultural alguna en América Sajona, Estados Unidos es un *equívoco* de la americanización, Europa no quiere reconocerse allí y, sin embargo, nunca se definieron con mayor nitidez los valores occidentales en su proyección excéntrica y externa. Contemplar a Estados Unidos es contemplar, con nítida rotundidad, la defunción de la Antigua Europa. Todos los males que han herido de muerte al Occidente, en su estado actual de cultural, se reconocen al escudriñar, profundamente, la vida norteamericana. El industrialismo manufacturero, el maquinismo, las tendencias económicas y financieras, la actividad febril de los negocios desplazando toda intimidad espiritual, han alcanzado su máxima tensión. Es la muestra de todo lo que ha podido dar el Occidente en este sentido. No hay ya mucho que forzar para que la cuerda reviente. Es una organización que ha entregado toda su elasticidad, es decir, toda su capacidad de absorción. Como el Imperio Romano fue la máxima floración del mundo antiguo antes de extinguirse, Estados Unidos es, a su vez, el postrer resplandor maravilloso del Occidente industrialista, antes de hundirse carcomido por los disolventes de sus propias contradicciones.

Como lo repito, Europa no quiere reconocerse en su hija de carne y hueso. No solamente los hombres, sino, también, los pueblos, suelen estar ciegos para reconocer los signos evidentes de su decadencia y ruina final. Si algo puede llamarse pleonasma en la historia, aun a trueque de violentar la realidad de las cosas, Estados Unidos es el pleonasma de Europa. No es el acaso que Lindberg, un norteamericano, sea el primer aviador que cruza el Atlántico en vuelo directo hacia Europa. Una civilización esencialmente *hazañosa*, tenía que señalarse por una desorbitada hazaña mecánica. Estados Unidos aplica en grande, lo que Europa inventó o hizo en pequeño. El rascacielos es la hazaña de la arquitectura sin alma que se desmesura hacia el espacio para disimular su abismática oquedad interna. Organización de *raids* y de *records*, aca-

bará de morir en el país supremo de los *raids* de los *records*.

Pero no vaya a entenderse, por lo que acabamos de decir, que en Estados Unidos no esté naciendo un pueblo nuevo, una raza de superiores destinos humanos. Bajo la Norte América europea y yuxtapuesta, existe la Norte América del porvenir, la Norte América microcósmica que está generando y nutriendo en sus entrañas el hombre americano del futuro, el hombre universal del mañana. Eso nos explica por qué, para el observador atento, Estados Unidos da la impresión de una coexistencia extraña entre el tipo super-civilizado y el tipo primitivo de hombre que, con frecuencia, se produce en el mismo individuo. Hecho paradójico y, sin embargo, cierto. En Estados Unidos, como en Sud América, hay una infancia y una tumba; un requiem funerario y una diana de nacimiento.

V

AMÉRICA HACIA SU AMERICANIZACIÓN

Toda cultura, para ser ella misma, precisa entrañarse en sus ingénitas raíces vitales. Un pueblo o una raza no llega a ser órgano de expresión histórica, mientras no penetra, con ojo buído, en la intimidad secreta de su propio ser. Intimidad que, por serlo, no puede prestarse a otro y que es inalienable en absoluto. Intimidad no es más que *estilo*, ritmo privativo de una existencia valía circunscrita en un Cosmos que se vierte a través de un especial organismo síquico y biológico.

Los pueblos y los hombres en su infancia no comprenden el secreto de su intimidad. Viven imitando las intimidades ajenas, que confunden con la suya propia. Sólo después de una larga experiencia dolorosa se descubren a sí mismos. Conocerse a sí mismo es ser uno mismo, es tocar las alas de su espíritu. El conocimiento es consustancial a la existencia y al ser de una criatura. Es lo que quiere expresarse en la sentencia del Oráculo de Delfos: *Conócete a ti mismo*. Esto lo ha ignorado el hombre americano durante cuatro siglos.

América -lo repetimos- ha vivido extraviada, recogiendo las resonancias periféricas del Viejo Mundo, como el infante que convierte en modelo a su padre. Nuestros pueblos han convertido en mueca los *estilos ajenos*, que buscan un mercado de ideas y una proyección narcisista en ultramar, que se convertían por ello en mero reflejo, en deformación grotesca. De allí que América haya sido una vacua gesticulación cadavérica e hiperbolizada de la palabra viva. Nada más ni nada menos que lo de la caverna de Platón.

“-¿Verán algo más que la sombra de los objetos que pasan detrás de ellos?

-No.

-Si pudieron conversar, ¿no convendrían en dar a las sombras que ven los hombres de las cosas mismas?

-Sin duda alguna.

-Y si tuviesen en el fondo de su prisión un eco... que repitiese las palabras de los transeúntes, ¿no se imaginarían oír hablar a las sombras mismas de los que pasan delante de sus ojos?

-Sí.

-En fin, ¿no creerían que existe otra cosa real que esas sombras?...”

“-Les será preciso largo tiempo para acostumbrarse a ello (los seres reales): primero, discernirán más fácilmente las sombras, en seguida, las imágenes de los hombres y de los demás objetos reflejados en la superficie de las aguas, y, por último, los objetos mismos”.

Y esto es la *americanización de América*, el hecho inaudito que significa en la vida de un pueblo que éste llegue a discernirse a sí mismo, que alcance el fondo de su ser logrando la expresión de su alma, que salga de la “caverna” -donde no percibe sino sombras-, a plena luz del Sol, donde está el alumbramiento y la percepción directa de sí mismo. Y esto no puede ser si no discierne entre las sombras y su ser esencial, entre los ecos y su voz viva; si no distingue entre los espectros de los otros y su inalienable intimidad.

2º HACIA UNA NUEVA PULSACIÓN CULTURAL

I

CALDERA DE VAPOR

La historia de los pueblos, de los hombres y de las cosas nace a su debido tiempo y con su verdadero intransferible sino. No antes ni después, sino en su hora justa. No distinto ni permutable, sino dentro de un signo inconfundible de un riguroso sentido de realización. No se trata de una fatalidad providencial y metafísica, sino de la determinación orgánica de un proceso que, como todo lo que vive, está sujeto a las leyes internas de su expresión. Para que un pensamiento sea algo vivo y se concrete en hechos significativos es preciso que se encarne en el sentido de su época, en el dramatismo personal de la vida del hombre, que es el sujeto de la historia. Nada más equivocado que el punto de vista del racionalismo que, atribuía a las ideas puras e *inmateriales*, por decir así, una suerte de potencia mágica que operaba milagros. La

idea era una especie de teúrgo que creaba de la nada, que no necesitaba insertarse en la vida e impregnarse de ella para actualizarse como hecho, como fenómeno histórico, como peripecia humana. Se pretendía transformar el mundo desde afuera, es decir, de la periferia de las cosas; cuando el camino es inverso, porque las cosas se expresan y realizan desde dentro; cuando los pensamientos se hacen vida y se actualizan surgiendo desde la entraña de los seres. Se creía transformar la vida con programas externos, cuando los programas sólo son capaces de influir sobre ella e, inclusive, orientarla, cuando surgen de su esencia más íntima.

Este error de los siglos XVIII y XIX, que tuvo tan decisiva influencia en la vida contemporánea y del cual se desprende su carácter catastrófico, se explica porque la intelectualización del hombre llegó a un límite desmesurado, hasta desplazar todas las valías espirituales, morales y biológicas del ser humano. Se sobreestimó la facultad racional, que sólo es un instrumento de expresión, con tanto o menos valor que los otros instrumentos o potencias del espíritu. A costa del desarrollo estrambótico de una facultad se deformó el resto orgánico de la vida y, así, hemos asistido al espectáculo satánico de que simples entelequias abstractas y muertas intentaron crear y gobernar la historia: el cadáver ideológico rigiendo el calor y la multiplicidad de la vida.

Y aquí llegamos a un hecho simple e insignificante, al parecer, desde el punto de vista racional, pero que entraña un profundo significado histórico, hasta adquirir la categoría de un símbolo. Queremos referirnos a la invención de la caldera de vapor, que revoluciona la industria contemporánea y que cambia, de un modo radical, las condiciones externas de la vida humana. Para que la invención de la caldera de vapor se hiciera *histórica*, para que se insertara en los acontecimientos como expresión del espíritu de una época, fueron necesarias las condiciones determinadas en que apareció. Fue preciso que surgiera el sistema capitalista y que la economía salvara sus etapas anteriores convirtiéndose en economía industrial. La caldera de vapor fue ya inventada una vez por Arquímedes. Sabido es que este sabio descubrió todas las leyes mecánicas de vapor y construyó un aparato o marmita para aprovechar su fuerza de impulsión. Pero, el invento, la idea quedó como una simple curiosidad o juguete sin explicación práctica y sin llegar a constituir en instrumento de expresión histórica. La caldera de vapor se inventó, realmente, cuando Watt y Stephenson la convirtieron en vehículo histórico, cuando el sentido de los tiempos tomó carne en ella. Lo que ocurrió con la caldera de vapor, ocurre, también, con innumerables inventos de

ahora, sumamente ingeniosos, que quedan relegados a la categoría de simple juguetería infantil. Y es que la Idea, el Pensamiento, la Razón o como quiera llamársele, no crean nada desde fuera, como teúrgos periféricos e independientes; igual que las demás potencias de la vida, son simples instrumentos de expresión que operan desde dentro y que se actualizan a condición de encarnarse en la cuita dramática y vital del hombre.

Por no haber comprendido esta verdad, el hombre contemporáneo ha sido un extraviado, y gran parte de su historia, una catástrofe. Los más eminentes pensadores de hoy lo han comprendido con indudable claridad y no resistimos a la tentación de transcribir un párrafo de Ferdinand Fripd a este respecto: “Después de la guerra el alma reacciona; asistimos al cambio de frente, de lo *fuera hacia lo dentro*, del tener hacia el ser”...” Cuando lo irracional ataca a lo racional, y el contenido a la forma, tanto la razón como la forma al principio llevan ventaja. La forma es sólida, pero carece de alma: es la fórmula deslumbradora. Lo irracional en si debe antes de dar con la forma en qué llegar a encarnarse. En política este elemento irracional anda buscando con titubeos sus formas de expresión...”.

“El desasosiego de los jóvenes señala este retorno hacia el alma de una manera más clara y más pura, pues el mundo de la razón no ha tenido tiempo aún de embeber a la juventud, todavía no del todo deformada. Los partidos políticos se descomponen en sentido vertical: los jóvenes se separan de los viejos o se rebelan contra ellos. Lo esencial para este movimiento es no contraer compromisos con lo que ha existido; pues para él sería el suicidio. Lo irracional no puede contraer compromiso alguno con lo racional, el alma con la inteligencia, y, en caso de que, a pesar de todo, lo contraiga, viene a experimentar su propia insuficiencia y a desmentirse a sí mismo”.

II

LA VITALIDAD DE LAS IDEAS

Así como las cosas tienen su inserción histórica precisa, cual el ajuste de una pieza dentro de un todo, las ideas tienen, también una ubicación viva que es lo que les da su fuerza creadora. Cuando no ocurre así, se quedan en simple juguetería racional, en mera gimnasia dialéctica. No se trata de que el hombre sea una máquina facturadora de ideas, sino que las ideas sean la expresión honda del hombre. No éste el esclavo de las ideas, sino éstas al servicio del espíritu humano y de la historia. Sin embargo, por absurdo que parezca, la humanidad occidental, durante más de dos siglos, ha partido de esta premisa falsa que,

por serlo, era, también, deformadora de la vida: “todo lo que es real es racional y todo lo racional es real”. He aquí, el esquema cadavérico y exhaustivo de todas las demás categorías vitales en que llegó a formularse la unilateralidad de una etapa superintelectualizada hasta el suicidio. No es que el hombre de hoy quiera renegar de la razón; es que la razón debe ocupar su lugar y nada más que su lugar; debe ser un simple resorte o instrumento del ajustamiento total de la vida.

El desplazamiento de la razón fuera de su lugar nos dio esas etapas incesantes y crueles en que la violencia alcanzó el máximo de su poder destructivo. Los excesos y la barbarie de las Cruzadas -aunque en otro sentido tuvieran éstas un valor simbólico-, la noche de San Bartolomé, los crímenes de la Inquisición, las explosiones sanguinarias de la Revolución Francesa, los programas antisemíticos y la inconcebible barbarie de la guerra mundial que acaba de terminar, con el resultado directo de las entelequias racionales que circulaban y regían al mundo en cada uno de esas etapas. Pero, el desplazamiento de la razón no sólo tiene como resultado la violencia ciega y destructiva, sino, lo que es peor, el agotamiento de todas las demás potencias vitales, el rebajamiento del valor integral de la vida, a la manera como una planta no puede medrar dentro de una atmósfera cargada de emanaciones tóxicas y venenosas. La razón ejerce, entonces, una acción depresiva y se torna infernal y destructora, como cualquiera de las otras manifestaciones de la vida que se desmesurara más allá de su función específica. La vida crece y se vigoriza en el equilibrio, en el armónico engarce de todas sus facultades y potencias.

Las ideas, para que puedan asumir su eficacia vital y creadora deben estar ubicadas dentro de la entraña de la vida y de la historia; deben surgir de dentro hacia fuera, del alma hacia las cosas. La invención racional ha costado caro al hombre de todas las épocas y, singularmente, al hombre contemporáneo, en el que ha adquirido, por su virtualidad de intelectualización, el máximo de su virulencia.

III

EL DOMINIO DE LAS COSAS

Puédese teorizar cuanto se quiera, que las ideas, si no tienen detrás de ellas la palpitación de un alma, si no son ellas la encarnación de una poderosa voluntad de ser, si no cabalgan dentro de una realidad histórica y si no se infiltran en las alas de una emoción vital, se quedan yertas, cadavéricas, inicuas y estériles para un sentido positivo y creador. Pero, llega a veces el caso en que se reani-

man y viven artificialmente, como verdaderas larvas mentales que se nutren de los demás órganos biológicos y, entonces, se tornan en poderes maléficos y represivos, porque pretenden embridar o regir desde fuera el vasto y rico complejo de la vida. Así se explica que los teorizantes y los ideólogos puros nunca alcancen una efectiva capacidad creadora y que las ideas que parecen más hermosas y brillantes quédense flotando en el espacio, como grumos de nubes que se dispersan al viento.

Acaso una de las ideas que surge más poderosamente vitalizada de la cultura occidental y que está destinada a marcar, como realización histórica, una etapa decisiva en la revolución espiritual y moral del hombre, sea la proyección del ser humano *hacia el dominio absoluto y pleno de las cosas, del mundo exterior y periférico; en una palabra, hacia el dominio de la Naturaleza*. Por eso, la ciencia, que en Oriente estuvo envuelta en los mitos, en las teogonías y en las cosmogonías fabulosas y simbólicas, en Europa adquiere una prestancia y una categoría extraordinaria. Toda la vida occidental se hizo científica y aun las fuerzas irracionales se sometieron a su dominio. La revolución industrial fue un producto neto de la ciencia, y la técnica no es sino la aplicación práctica de los principios y descubrimientos científicos. Hubo, inclusive, una religión científica: el Positivismo de Comte. Y así como en la Edad Media toda la vida se hizo teológica, en los siglos XVIII, XIX, y XX se convirtió en principios, teoremas y dogmas científicos. Nació, entonces, esa ingenua concepción científicista del progreso, que desplazó las valías internas del alma y del espíritu.

El auge de las ciencias naturales y el materialismo filosófico y económico, contribuyeron poderosamente a que el hombre occidental cumpliera con su extraordinaria misión histórica. Sin el “materialismo”, que se concretó en pensamiento y en acción precisos, pleno de energetismo creador, el hombre europeo no habría podido dar ese prodigioso salto que necesitaba la civilización humana para poderse integrar en una nueva síntesis de la vida.

El confort, la higiene, todas las facilidades de la vida material; la locomotora, el automóvil, la radio, el aeroplano, el telégrafo, la televisión, los caminos terrestres y las vías marítimas, el teléfono a grandes distancias y todas las demás aplicaciones científicas que evidencian el esplendor de una civilización jamás alcanzada, en su plano, por el hombre de las culturas anteriores, constituyen la *proyección del ser humano hacia fuera, hacia el dominio de la Naturaleza y de las cosas por el hombre*.

El Occidente no pudo alcanzar este poderío sino a costo de los otros valores espirituales. Es la ley de compensación. Tras de un ciclo fulgurante de ascensión, desa-

táronse las fuerzas irracionales, y rotos los dogmas epidérmicos que las reprimían, Europa desembocó en esa tremenda catástrofe apocalíptica que fue la última guerra. Desde entonces, cesa todo impulso creador de gran estilo en los diferentes órdenes de la vida y se inicia, ostensiblemente, un movimiento de declinación. Y mientras el hombre oriental fue el dueño de sí mismo y el vencido de la Naturaleza y *de las cosas, el hombre occidental es el dueño y soberano de la Naturaleza y de las cosas, y el esclavo de sí mismo.*

Nos encontramos en una verdadera encrucijada de la historia y es preciso que el hombre busque una salida. En esa tarea estamos. Entre terribles convulsiones trágicas, entre letales sobrecogimientos de angustia, en medio de un mundo que deflagra por todas partes, estamos recogiendo en nuestros oídos agudizados, como en una inmensa caracola, las trepidaciones de una época que se desploma.

IV TAREA DE AMÉRICA

En momentos en que esta cuita del mundo contemporáneo se hace más agudo y trágico, América, especialmente América Latina, toma conciencia de sí misma y se inserta en el acontecer histórico. Ya hemos dicho que se ha dicho muchas veces que América era un reflejo de Europa y que sus acontecimientos no eran acontecimientos americanos, sino acontecimientos europeos, porque no estaba aún madura, ni estaba maduros los tiempos, para que pudiera expresarse a sí mismo. Como las notas tónicas de América eran distintas de las notas tónicas de Europa, que eran el producto de una distinta conformación vital y telúrica, la cultura europea tuvo que expresarse mal, tuvo que deformarse y degradarse a través de América. Una lengua no puede escribirse con un alfabeto extraño ni puede organizarse en una expresión con una gramática ajena. Si lo hace, es a costa del desmedro de sus modulaciones más finas y recónditas. América apenas comienza a crear sus propios instrumentos de expresión, a través de los cuales no sólo podrá revelarse ante el mundo, sino, ciertamente, superar las realizaciones anteriores.

Si por un procedimiento de abstracción nos figuramos como un todo las culturas orientales -cada una de las cuales tienen, claro está, sus matizaciones exclusivas y propias-, descubriremos un propósito de realización, un objetivo vitalizador, un sentido general; *el dominio del mundo interno por el hombre, el dominio de sí mismo.* El esfuerzo que realizó en este sentido el mundo antiguo y

los resultados que obtuvo son, efectivamente, extraordinarios y magníficos. Con las culturas antiguas la humanidad salvó, quizás, su etapa más importante y difícil. Superó los milenios de animalidad prehistórica y arcaica, y se convirtió realmente en una *humanidad*. El hombre se hizo efectivamente hombre. Lo primero era adquirir la conciencia de sí mismo, al alumbramiento de su propio ser y, con ello, la conciencia de sus posibilidades ulteriores. La conciencia de sí mismo es, también como consecuencia vital correlativa, la conciencia del mundo exterior y, por consiguiente, el comienzo de su dominio. La misión de Europa no podría emprenderse antes de que terminara la tarea del mundo antiguo.

Es pura necedad afirmar la superioridad absoluta del Oriente sobre Occidente, y lo mismo es hacer la afirmación inversa. Cada uno es superior, en verdad, al otro, dentro de su respectiva pendulación vital. En esta necesidad han incurrido muchos de los grandes hombres de Europa y no pocas de las grandes figuras contemporáneas de Oriente. Para Europa, el Oriente ha sido la ignorancia, el atraso, la superstición. Para Oriente, Europa es el materialismo brutal y ciego, la degradación moral, el eclipse del espíritu y de la más profunda sabiduría humana.

Así como Europa no pudo emprender su misión: *el desarrollo de la inteligencia racional y el dominio del mundo externo*, sin que Oriente hubiese cumplido la suya, América tampoco, podía empezar a realizarse, a buscar la expresión más profunda de sí misma, a *insertarse en la historia*, sin que Europa y Asia hubieran articulado sus respectivos mensajes.

El destino de América es resolver, en una superior unidad humana, la cuita angustiosa, la encrucijada trágica en que ha desembocado el mundo contemporáneo, y ser ella misma una continuidad y la continuidad del mundo. No queremos decir, como Splenger, que haya llegado la decadencia definitiva del Occidente, sino que la pendulación espiritual y cultural del mundo tendrá que pasar a América, así como antes estuvo en Asia y después en Europa. América será como la partera cósmica de una cultura integral, cuya máxima expresión se dé tal vez en Oriente, tal vez en Europa. Es el secreto del destino y de los tiempos.

Pero, la salida de esa encrucijada es América. Las antinomias de Europa parecen irreductibles dentro de su clima espiritual y moral. Los imperialismos y nacionalismos rivales; las incomprensiones y los odios de raza; los dogmas nacionalistas, tanto o más explosivos que los dogmas religiosos; la fricción violenta de la jerarquías dominantes con los intereses y las aspiraciones de los pueblos; las contradicciones de un sistema económico que se hun-

de; la atomización cultural en cenáculos nacionales; la hipertrofia del Poder Público en dictadura permanente; el montaje total de la industria y de la economía para la guerra; la deshumanización casi total de la vida y del hombre europeo; la desarticulación de toda la estructura moral, política, social y jurídica de sus pueblos, que se refleja en la impotencia de la Liga de las Naciones (1), nada de esto encuentra solución en el Viejo Mundo.

Europa se encuentra, salvadas las distancias y las condiciones históricas, en una situación semejante a la del Mundo Antiguo en sus años postreros. El mismo tumulto galopante de los acontecimientos, el mismo sobrecogimiento del hombre que ha perdido su brújula espiritual, el mismo crujido de las instituciones tradicionales que se derrumban.

Y así como el Mundo Antiguo hizo necesario el subimiento de un hombre nuevo, la creación de nuevos órganos biológicos, capaces de resolver en una unidad superior sus antinomias irreductibles de entonces, la crisis actual reclama, también, el nacimiento de un nuevo tipo de hombre, nuevo desde su base telúrica y biológica, hasta la función de su inteligencia, de su actitud moral y de su espíritu.

3º LA GRAN TRAYECTORIA POLÍTICA

I

LOCALISMO, NACIONALISMO

Estamos ya bastante lejos de las culturas y de los gobiernos localistas, que fueron, por excelencia, las culturas y los gobiernos medioevales. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal e importaban, desde el punto de vista del espíritu, la restricción absoluta y plenaria de toda universalidad. El señor, el castellano, era el señor en el sentido más alto de la palabra: administraba la espada y la horca que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fue, entonces, sólo una abstracción moral o jurídica y que el Soberano era tan abstracto y tan débil en el terreno de las realidades políticas y militares que su actitud natural y habitual era una actitud defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus vasallos. El Poder concreto, el Poder de facto, el Poder hecho carne de realidad tangible, residía en el señor.

No quiere decir esto, que el espíritu medioeval careciera de un espíritu unitario y congruente, ni que partici-

pemos de la leyenda oscurantista de la Edad Media. Nunca fue más cierto, si cabe, el aforismo de que la multiplicidad se da siempre dentro de la más rigurosa unidad. Lo distinto, lo dispar, lo inconexo, en el sentido absoluto del concepto, no puede ser órgano de expresión histórica, porque es negación y contraposición, porque carece de concatenación biológica y, por consiguiente, no alcanza jamás a ser vehículo de expresión de una época. El localismo provincial o parroquial de la Edad Media, constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental y tuvo, en algunos aspectos, sus espléndidas floraciones espirituales. Entonces, el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. Como todo organismo comienza a generarse por la célula, el organismo político y cultural europeo debió generarse por la célula política y cultural que es la parroquia, la provincia o la marca territorial. A la restricción del espacio tenía que corresponder, por correlación lógica, la restricción del espíritu. Es el incoercible proceso dialéctico. El feudo, el señor y el castillo desempeñaron una función biológica y educadora de enorme trascendencia, porque, sin ellos, lo que ahora conocemos por el mundo contemporáneo, no habría podido nunca constituirse.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la era de los nacionalismos; comienza también, en realidad, la era de la Monarquía. A la unidad celular de la parroquia, sucede una unidad de más amplio circuito; la unidad de la Nación. A la congruencia biológica del fundo sigue una congruencia biológica de más dilatada envergadura. Sólo, entonces, la Monarquía, teórica y abstracta, se hace tangible y concreta. Entonces, también, el Soberano es el soberano en carne de la realidad política, económica y militar. Reside en él, el Poder de facto, el Poder concreto, y la soberanía jurídica se traduce en dominio.

Mas, la modalidad o el clima de la Edad Media debía prolongarse hasta la Revolución Francesa, no obstante haberse constituido, desde hacía algunas centurias todas las nacionalidades europeas. Las fechas de los manuales no logran jamás encasillar una sustancia tan móvil y fluida como la de la historia. Nada tan falso, como las casillas cronológicas. Ocurre que los hechos precedentes, tiñen, impregnan con su sabor a los hechos posteriores y subsiguientes, a la manera como la cauda de un cometa va dejando una ruta de esplendor aunque su masa cósmica se encuentre a millones de leguas de distancia.

(1) Esto se escribió en 1936.

En verdad el espíritu del castillo feudal trasvasándose a la Monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes, cayó en la Bastilla. “El Estado soy yo” pasó a ser el *Estado de la Nación*. Es ya el nacionalismo europeo que destaca netamente sus perfiles, pero es un nacionalismo que todavía no ha rebasado el espíritu parroquial.

Desde entonces acá, toda la cultura occidental es una cultura nacionalista, pero, el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medioeval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días, el objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra la parroquia feudal, y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política y económica de Europa. El nacionalismo restrictivo de cada nación arrastra al mundo a la guerra de 1914. La pugna presente de Europa, el la pugna desgarrada de sus nacionalismos. Jadeo entre la energía gravitante de su pasado histórico y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial o patriotismo nacionalista lucha, con patetismo trágico, por hacerse patriotismo paneuropeo. En este forcejeo, surge, a veces, la petipieza o el paso de comedia que anuncia, sin embargo, la madurez y el logro del futuro. La historia contemporánea está llena de estas zarzuelas u operetas bufas que contienen, no obstante, un germen de sustantividad biológica. No es que querramos hacer una paradoja. ¿Hemos aludido, acaso, a la Liga de las Naciones?

II NACIONALISMO Y PATRIOTISMO CONTINENTALES

Ya Guillermo Ferrero apuntaba, tácitamente, que el nacionalismo europeo, no sólo era parroquial en el sentido político, económico o militar, sino en el sentido geográfico, territorial o topográfico. Basta viajar, expresaba el publicista italiano, unas pocas horas en Europa, para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de París a Berlín o a Londres hay más distancia sicológica que de México a Buenos Aires, y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Mientras en Europa, la frontera es, hasta cierto punto, *natural*, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espiri-

tuales y económicas de los Estados. Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y constituyen los Estados, en América, el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales. Mientras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos porque hacen referencia a las mismas realidades, porque éste es la traducción política y jurídica del estado económico, físico y anímico de aquél, en América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque Estado es una simple delimitación o convención que no designa una parcela substancial de la realidad. En Europa, el Estado fue una fuerza unificadora y constructiva; ejemplo patente de ello es la constitución de la Monarquía francesa que ligó los feudos dispersos y rivales en una entidad política y vigorosa. En América Latina es una fuerza atomizadora y disgregante. Las diferencias entre los pueblos de Indoamérica son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas, como en el Viejo Mundo. De norte a sur los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen, en realidad, un solo pueblo unitario de carácter típico, específico, general y ecuménico.

Así se comprende que, mientras el nacionalismo parroquial en Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y biológicas para superarse y hacerse patriotismo panaeuropeo, el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo restrictivo es el resultado de un sistema orgánico de coordinadas históricas, raciales, económicas y geográficas; en América Latina, es el engendro del caos, del mundo inferior y abisal, de las fuerzas ciegas y negativas, de la ausencia de un gran estilo político constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo, en que el nacionalismo fronterizo desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fue una realidad educadora y constructora; constituyó un estadio o etapa necesaria en el proceso de la cultura europea. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y antinatural, es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia misma, un paso regresivo; es la escurraja o el material de acarreo que el calco irracional y servil de la vida europea nos impuso. Si en Europa, la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora

porque encierra todo el drama de su pasado, en América es una estupidez y un crimen inexcusable contra el porvenir.

Somos, pues, los indoamericanos el primer "Pueblo Continente" de la historia y nuestro patriotismo y un nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes, a crear y constituir una cultura más universal que la europea. El mismo *Standard* del hombre latinoamericano, que tiene una misma pulsación cósmica, determina su destino histórico. Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero, nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, clarificando y definiendo nuestra misión histórica y humana. No es por el camino de la diferenciación y de la creación original. Sería insensato no comprenderlo.

Sólo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales; así como para el chauvinista contemporáneo usufructuario de las banderas nacionales, resulta paradójico que se hable de patriotismo revolucionario.

El pequeño *panneau* mediano del patriotismo nacionalista de Clemenceau, pongamos por caso; y éste, a su vez, debe ser superado por el gran *paneau* del patriotismo continental del PUEBLO CONTINENTE que es América. La espiral tiene en su base un círculo pequeño y remata en un gran círculo que abraza un horizonte histórico más vasto. Es preciso conservar la justa perspectiva de estos *panneaux* de expresión histórica, si se quiere comprender, también, en su justa proporción, la entraña viva de los acontecimientos. La perspectiva mal enfocada da por resultado que el enano aparezca como un gigante o que éste aparezca como un enano. De allí esa miopía, cundo no daltonismo completo, de nuestros estadistas y hombres públicos frente a los acontecimientos capitales de nuestros países y frente a los movimientos políticos, culturales y sociales de gran envergadura continental.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital. El uno, es el *De profundis* de una tumba; y el otro, es la diana y el vagido de un nacimiento. Para nadie más que para el hombre americano de hoy, existe la responsabilidad y la urgencia de establecer la justa perspectiva del patriotismo contemporáneo.

III EN EL TRANCE DRAMÁTICO

No queremos hacer de augures con respecto al destino de América Latina. No se trata de una profecía o de un raptó adivinatorio, extraídos del curso de los astros o de las entrañas de las víctimas. Se trata, ciertamente, de un imperativo y gravitante proceso dialéctico que surge, con limpia transparencia, de un análisis racional, verificado con todo rigor científico.

Como el niño, en su primera edad, el hombre latinoamericano ha vivido hasta hoy regido sólo por el instinto que regula las ciegas fuerzas biológicas de su estructura orgánica. Empero, los pueblos, como los hombres, no pueden quedarse en esa etapa infantil del instinto so pena de renunciar a sus destinos superiores. Prolongar la edad pueril más allá de los límites naturales, significa el mancornamiento o la represión de la vida ulterior y, por consiguiente, es un llamamiento apresurado a la disolución y a la muerte, en un estadio que ni siquiera puede llamarse de vejez, puesto que ha carecido de virilidad creadora.

La América Latina atraviesa, quizás, el instante más crítico y dramático de su vida y está en el trance de sus decisiones vitales que asumen mayor trascendencia. Nada define mejor que esta cuita trágica que el *to be or not to be* de Hamlet, aunque el símil sea resobado. Anquilosamente, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva. Esta es la alternativa de nuestros pueblos. Detenerse es el retorno al caos, es tanto como morir y disolverse.

La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero, no a una solidaridad romántica y discursiva, tema adoceñado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champagne, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rijan carne de realidad política, económica y cultural, nuestros destinos superiores.

En suma podemos formular, esquemáticamente, la trayectoria futura de América Latina: *nacionalismo lugareño regresivo, antidialéctico; nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Media. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación cultural y humana.*

4º AMÉRICA, TERCERA DIMENSIÓN DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

I LA ABSORCIÓN DEL MUNDO

El espíritu humano no puede expresarse sino apropiándose, absorbiendo el contorno material y síquico en que opera, incorporando en su dominio la substancia neutra de la Naturaleza. En términos nacionalistas, el yo, no es sino el *no-yo*, el mundo exterior, aplacado, vencido, subyugado por la inteligencia. Comprender es tanto como *aprehender* y *absorber* y la eficacia del cerebro, como instrumento de creación, depende de su capacidad responsiva ante los impactos de la realidad.

La cultura no es otra cosa que esa capacidad dinámica de aprehender que el hombre pone en juego en el acto de conocer. Capacidad absorbente de esponja que incorpora dentro de su conciencia, es decir, dentro de sus ser, la vasta y rica multiplicidad del Universo. Por eso, la cultura consiste, esencialmente, en la mayor o menor sensibilidad para sentir como *Una*, como propia e individual, la extensión total del Cosmos. Por eso, también, el hombre culto frente al paisaje lo profundiza y se lo *apropia*, lo hace carne de sus conciencia y de sí mismo, mientras el salvaje o el hombre primitivo, se desliza, resbala sobre él, como sobre una superficie impermeable, sin comprenderlo ni aprehenderlo. Todo el proceso íntegro de la vida, desde el mineral hasta el hombre, es una gradación de respuestas, cada vez más agudizadas y afinadas, ante los impactos del mundo. La conciencia no es sino una concatenación de respuestas al Universo, el diálogo que el hombre entabla con las cosas. Este diálogo comienza con lo que se conoce en biología por la *irritabilidad* de los organismos inferiores y remata con el canto, la música, la poesía, la filosofía en el hombre.

Cultura es, pues, sinónimo de sensibilidad y, por eso, el cerebro se constituye como una antena fina y vibrátil y aprehende y traduce en pensamiento y en acción los mensajes múltiples del Cosmos. Desde que hay una sensibilidad actuante, cesa el caos porque ella aglutina, a la manera del imán, las fuerzas dispersas y heterogéneas que antes carecían de congruencia; porque ella liga, en una síntesis, las cosas y los hechos más lejanos que, de súbito, se acercan y encuentran su conexión y su sentido. El *fiat lux* bíblico es la aprehensión de las cosas por la conciencia. Sólo entonces es posible la luz porque ésta es, ante todo y sobre todo, alumbramiento interno.

En este respecto, podemos definir, genéricamente, la cultura, como la congruencia de un determinado orden

de cosas ante la conciencia del hombre. Empero, esta congruencia selectiva que agrupa cosas, hechos y fuerzas afines, no es una clausura absoluta e intransferible, como lo quiere Spengler en su concepción de los ciclos u organismos culturales. Si la forma cultural muere -ya lo dijimos en otra ocasión- el espíritu cultural, la vibración anímica que la forma expresó, persiste y se transfiere a la vida total de la historia.

Mas, la captación de la Naturaleza por la conciencia, tiene, también, como las cosas, una realidad dimensional. Conocemos en longitud, en latitud y en volumen. Es decir, como *punto geométrico* como *línea geométrica* y como *espacio geométrico*. Cuando la inteligencia ha captado el mundo en su tercer aspecto o de profundidad, entonces comienza, también, a aprehenderlo como función, como sustancia móvil y fluida, como actividad continua, como conjugación y fluencia perennes. De aquí, igualmente tres formas de pensar. Por la primera, las cosas son, sin relación ni choque posibles; es decir, sin discernimiento y sin dubitación, sin investigación comparativa. Manera primitiva, simplista e ingenua. Por la segunda, las cosas son *son* y *no son* en absoluto, se establece una dualidad irreductible, una negación intransitiva, sin transferencia posible. Por la tercera, las cosas *son* y *no son* a la vez, están haciéndose y deshaciéndose continuamente; es el sentido de la fluencia y del devenir perpetuos. Manera dialéctica, viva, conocimiento en volumen y en profundidad.

II LA CONCEPCIÓN MONODIMENSIONAL

Como fenómeno o hecho experimental completo hasta el estadio actual de su desarrollo, no conocemos sino un ciclo de cultura, el ciclo histórico llamado de Occidente. Es también el más inmediato a nosotros y, por ello, el más accesible a nuestro análisis. La cultura árabe no es una realización tan vasta y universal como la nuestra. La cultura griega y romana no podemos precisarlas todavía en toda su rigurosa significación, y de las otras culturas antiguas: la sirio-babilónica, la egipcia, la china, las indostanas, las culturas americanas y africanas, apenas tenemos de ellas meras referencias literarias, arqueológicas y geográficas. Y si es que hubo una cultura o varias culturas atlánticas que alcanzaron, tal vez, mayor universalidad que la nuestra, sólo poseemos la vaga y lacónica alusión del Tímo platónico.

El campo experimental sobre el cual van a operar estas meditaciones es, pues, la cultura europea, tanto por su proximidad, cuanto porque nosotros mismos, en cierta manera, somos actores de ella. Esto, que es una enorme

ventaja subjetiva, es, también, una desventaja, por aquello de que no se puede conocer el bosque en su integridad objetiva estando dentro, sumergido en la espesura. Empero, al conocer, no podemos prescindir de nosotros mismos y debemos sufrir las limitaciones inherentes a nuestra naturaleza.

Cuando decimos que una cultura se desarrolla en tres estadios geométrico, y deducimos de tal afirmación conclusiones generales, somos absolutamente conscientes del compromiso demostrativo que asumimos con nuestros lectores. Pero, esta labor que supone tiempo, documentación y referencias precisas no podemos realizarla en estos ensayos que están destinados a trazar, a grandes rasgos, el perfil esquemático de América Latina, la visión rápida y lacónica de sus destinos. No se trata de una apresuramiento inmotivado. Buscamos un objetivo pragmático: el planteamiento ante la inteligencia de las juventudes latinoamericanas de un vasto campo de meditación y de acción inmediata.

El hombre de la cultura occidental, aun en sus ejemplares más eminentes, ha solido ser el sujeto de una sola dimensión. El filósofo, criatura especulativa, encerrábase en su gabinete de estudio y clausurábase para la vida: hombre de entelequias abstractas, se dedicaba a generalizar a costa de las realidades concretas, y deshumanizaba su corazón a costa de las realidades del amor. El hombre de acción, sujeto del poder político y de las realidades inmediatas y tangibles, desmesurábase en las actividades externas y superficiales, tornábase egocentrista, despótico, frío, cruel y estrechaba su razón y su sensibilidad hasta el nivel inferior del homínido geológico. El hombre de ciencia, sujeto de una disciplina particular, cuando la vida es toda una disciplina unitaria y total, no veía más allá del hecho experimental y del fenómeno, y ahogaba en su especialización el resto de sus posibilidades y las demás potencias de sí mismo. El hombre del apostolado o del amor, solía convertirse en el sujeto ritualista y dogmático de una confesión mística y religiosa, y trocaba su razón, su cerebro y su pensamiento en el hecho simplista, ingenuo y nativista de la infancia, rehusándose a toda explicación, a toda expresión racional y trascendente de la vida. Todo esto puede sintetizarse como la monocultura o deformación del hombre en sus partes. El hombre ha nacido para ser una criatura integral, ya que es un ser integral en la esencia más íntima de su naturaleza. Estamos destinados a conocer, a obrar y a vivir en tres dimensiones. No significa esto un sueño ni es imposible o utópico, porque está dentro de nuestra naturaleza, porque es inherente a la conformación privativa de nuestro ser, porque, inclusive, como excepción, se ha producido en ciertos

espíritus -muy raro por cierto- que nos revelan la extensión y la potencialidad del hombre y que, como adelantados de la humanidad, marcan su camino futuro.

III LA FUNCIÓN DEL MITO

Los hombres de las culturas primitivas solían condensar en narraciones simbólicas, en leyendas alegóricas, en apólogos significativos, en parábolas docentes la sabiduría colectiva de su progenie, los conocimientos y los descubrimientos científicos de sus mayores, el acervo de sus experiencias políticas y religiosas, la dirección y el sentido de sus destinos. Los mitos han sido, por mucho tiempo, los conductores y maestros supremos de la humanidad. Ellos guiaban a las diversas agrupaciones humanas y les señalaban la tarea que les tocaba realizar en el curso de la historia. Alumbraron el camino del hombre y definieron, consciente o supraconscientemente, el significado de su trayectoria vital.

Cuando al latinoamericano le toca iniciar su misión histórica, el nivel general del hombre ha alcanzado un extraordinario desenvolvimiento de conciencia intelectual. Las condiciones del mundo han cambiado radicalmente. La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado, no es la misma que la de un niño salvaje. La humanidad ha tenido y tiene muchas infancias. Tras de un período de involución. No podemos explicarnos de otra manera los florecimientos y los eclipses de las grandes civilizaciones. Como en las leyes cósmicas, en la historia, también de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de ésta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud.

Queremos decir que los medios y los instrumentos antiguos no pueden ya servirnos. Nuestros *mitos*, si es que preferimos seguir llamándolos así, tienen que ser mitos racionales, intelectuales, científicos. Tenemos que crear instrumentos apropiados que definan, de un modo preciso, el sentido de nuestros pasos futuros. Debemos forjar los vehículos necesarios de nuestras intuiciones generales, debemos perfilar los lineamientos que definan el carácter y la esencia específica de la tarea de habremos de desarrollar en la historia del mundo. Es preciso poner a contribución los esfuerzos de los guías presentes de América, de aquellos espíritus conductores que entrevén el

camino y que son capaces de precisarlo. Los pueblos no pueden vivir sin tener una tarea por delante. Esta fue antiguamente la función de las profecías, de las leyendas y de los mitos. Ellos estructuraban su pensamiento y su acción cotidiana y, en torno de ellos, como en torno de un sistema vertebral, adquirirían dirección y sentido los acontecimientos, los sucesos y las acciones de los pueblos. De allí surgieron, como de una fuente común, las costumbres, los códigos morales, la ciencia, el arte, los sistemas religiosos y las legislaciones. En suma, todo aquello que constituye la vida total de un pueblo en el lapso de un ciclo histórico.

IV EL PUNTO GEOMÉTRICO Y LA LÍNEA GEOMÉTRICA DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Al trazar la trayectoria de América Latina ya hicimos notar cómo las nacionalidades modernas se originan de la célula política, que es el feudo o parroquia medioeval, y cómo los organismos nacionales de hoy están destinados por impulsión dialéctica, por la energía inherente a su crecimiento, a desenvolverse en vastas agrupaciones continentales. Política y económicamente el feudo es el *punto geométrico* de la cultura de Occidente, es la restricción localista llevada a sus máximas consecuencias. El castellano o el señor se comporta como un pequeño soberano independiente. Hace la guerra, concerta alianzas, verifica cesiones de tierras, preside la economía de su comarca, administra el derecho y la justicia de los siervos. La monarquía -ya lo dijimos, también-, es una entidad puramente jurídica y moral, débil, militar y económicamente. El monarca es sólo el primer señor feudal y su dominio efectivo sólo se ejerce sobre sus tierras feudales, como los otros señores, sus iguales. Para el caso, recordemos la forma ritual y significativa con que la nobleza unguía a los reyes francos. La Monarquía medioeval anuncia y es la precursora de la nacionalidad moderna, tanto como la Liga de las Naciones -débil, abstracta, jurídica y moral, como la Monarquía de entonces- anuncia y es la precursora de las vastas agrupaciones continentales del futuro.

La economía y la producción son de carácter esencialmente local y comarcano. Se produce sólo para consumir e incidentalmente para cambiar. Economía de consumo, de trueque y de intercambio de especies. La economía no tiene significación periférica sino centrípeta, no se universaliza sino que se restringe. Sólo cuando aparece la manufactura se produce, también, la segunda dimensión de la economía, la *línea geométrica* de la producción

comercial. Entonces, se produce no ya para consumir y trocar sino para vender. La moneda y la máquina son los factores principales de este segundo plano económico. La célula de producción se ha convertido, dialécticamente, en un organismo de producción. El producto individual y aislado se ha diluído en el *compañero* y en el artesano. El punto señero del individuo se dilata en la agrupación de puntos económicos, en la línea gremial de producción. Estamos ante la alborada de las nacionalidades modernas.

La ciencia, el arte y, sobre todo, la filosofía, son eminentemente tecnológicos en el Medioevo. Es sintomático que Santo Tomás de Aquino escribiera una SUMMA filosófica desde el aspecto exclusivamente teológico. Se decía que la Teología era la madre de las ciencias y, desde el plano biohistórico, es absolutamente cierto que la Teología y la Metafísica constituyen la célula generadora, el *punto geométrico* de la mentalidad occidental. La SUMMA tomística fue el intento poderoso de reducir el conocimiento humano a la Teología, de centralizarlo en un punto, de reducirlo a una dimensión especulativa. La iglesia es la administradora y el guardián celoso de la ciencia medioeval. El sacerdote y el convento son los mejores vehículos de las actividades culturales en aquella época, y en medio de la ignorancia general de los pueblos bárbaros son los únicos maestros que fundan y sostienen escuelas, que ilustran y adoctrinan a los hombres.

Para el hombre medioeval, la Cristiandad era el centro y el ombligo del mundo; los demás eran pueblos paganos, indignos de la gracia divina y del ingreso al Paraíso de los justos. Las Cruzadas fueron vastas empresas teológicas, se sostuvo que el indio de América no tenía alma, y el más serio obstáculo que encontró Colón a su paso fue que la redondez de la Tierra era contraria a las enseñanzas de la Biblia. Galileo, por su parte, tuvo que abjurar públicamente de sus errores sobre la rotación de la Tierra, y muchos investigadores eminentes fueron las víctimas del concepto monodimensional del mundo que entonces impera. Astronómicamente, la Tierra era el centro del Universo; el Sol y los planetas giraban alrededor de ella.

El descubrimiento de América y los viajes de los navegantes dan a la Geografía una segunda dimensión, y el concepto de la lejanía se incorpora a la mentalidad general del hombre medio. El punto se hace horizonte y perspectiva. Es el momento en que se inicia el movimiento renacentista, cuya expresión prototípica es la Enciclopedia, visión panorámica y en superficie del conocimiento, de la ciencia, del arte, del hombre, de las cosas y del mundo. Pico de la Mirándola es un mar pleno de erudición y de saber y Leonardo da Vinci es escultor, dibujante, pintor, naturalista, ingeniero, mecánico, arquitecto y filósofo.

La ciencia militar comienza fundándose en la célula de combate, en el individuo, en el caballero armado de punta en blanco. Los escuderos o asistentes no entran en la lucha y son simples auxiliares de los guerreros. El valor individual es decisivo en la batalla, y la Edad Media está llena de los hechos hazañosos de los caballeros. Don Quijote sale solo a las conquistas y a la redención del mundo. El torneo, el combate singular es la forma típica que define la guerra medioeval y la batalla no es sino la lucha de millares de parejas individuales y aisladas. No era raro el caso de que el combate de una selección de caballeros decidieron la suerte de los pueblos. Era una lucha celular en que la batalla se desenvolvía en innumerables torneos particulares. El concepto de honor y de la cortesía personal llega a un desmesuramiento increíble. *Tirad primero, señores ingleses*, dice un capitán francés a sus adversarios. *Por mi honor, por mi Rey y por mi dama*, era la fórmula sacramental del juramento caballeresco.

Sólo algunos siglos después los ejércitos se organizan en grupos, en masas móviles de combate. La táctica y la estrategia de los capitanes, comienzan a cobrar una importancia de primer plano. El valor individual es reemplazado por la organización y la eficiencia colectiva del grupo. El punto miliar se ha convertido en la línea militar, la célula en organismo. Es el brote primigenio de la guerra moderna. No insistiremos más, en esta rápida sinopsis, porque rebasaríamos el carácter esquemático de estos ensayos. Bástanle al lector las ideas apuntadas para orientarlo en el sentido de nuestras conclusiones generales.

V

EL VOLUMEN GEOMÉTRICO O LA DIMENSIÓN DE PROFUNDIDAD

Hacia fines del siglo XIX y Principios del XX, se inicia el movimiento de profundidad o de *volumen geométrico* en la cultura de Occidente. Ya no se toma las cosas, los hombres, los sucesos, los pensamientos y las acciones en su aspecto dualístico, en sus antinomias intransferibles e irreductibles, sino en su movimiento y en su función, en su fluencia viva y en su moción dinámica. Nada existe aislado y señero, todo existe como relación funcional, como congruencia orgánica, como devenir constante y perpetuo. Cada ser es con respecto a otro un simple punto de referencia, un eslabón que lo une al todo lo explica y lo define. Entre cosa y cosa, entre ser y ser no hay muros inabordables e insalvables; todo está en contacto perenne, en correspondencia mutua y recíproca. Todo puede ser centro y periferia del Universo a la vez, según la función que desempeñe en la realización y expresión total de la vida.

Conocer la vida en volumen es conocerla en su complejidad, en su profundidad y en su actividad funcional. Ni el chofer, ni el motor, ni las ruedas, ni la carroza son el automóvil, sino la correlación dinámica, la congruencia funcional, el ajuste preciso y matemático de todas las piezas en marcha. El automóvil es una expresión orgánica e imponderable, cuyo cerebro reside en el piloto y cuya moción integral surge de una perfecta concordancia mecánica. Si nosotros sólo lo conocemos en sus múltiples piezas o resortes, o si sólo establecemos dualidades irreductibles entre el motor y el chofer, entre las ruedas y la carroza, jamás llegaremos a aprehender su sentido vital. Es la misma dualidad que estableció la filosofía racionalista entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el espíritu y la materia, entre el pecado y la virtud, entre la libertad y el destino, entre la vida y la muerte, entre Dios y el mundo, seccionando la vida en sus partes, reduciéndola a resortes o ruedas aisladas, sin su íntima trabazón o concordancia funcional.

El conocimiento aislado de las piezas separadas es lo que hemos llamado el *punto geométrico* de una cultura, el conocimiento incompleto y unilateral de las dualidades es lo que hemos denominado su *línea geométrica*. Cuando una cultura comienza a conocer en volumen, cuando comienza a aprehender las cosas y los seres en su función, es entonces cuando penetra en su estadio de profundidad, en su *tercera dimensión*. En el primero, la cultura es analítica o anatómica; en el segundo, es deductiva o filosófica; en el tercero, es sintética o vital.

Conocer las cosas en función, es conocerlas dentro de una perspectiva, desde un determinado punto de vista que está presto, sin embargo, a trasmutarse, inmediatamente, en un nuevo. Lo absoluto, lo fijo y lo inmutable como valoración arquetípica está fuera del conocimiento actual del hombre. Conocemos por relación, y cada ser o cada cosa es una simple referencia al Universo. La mentalidad del hombre contemporáneo, no contrapone ya la cultura y la vida, la razón y la realidad, como valías separadas y distintas. Constituyen un solo proceso y, de esa suerte, conocemos la vida en función de la cultura y ésta en función de la vida.

VI

LA TERCERA DIMENSIÓN DE OCCIDENTE

La expresión positiva y de mayor plenitud hasta hoy en esta etapa que podíamos llamar también la *etapa funcional de la cultura*, se produce con el pensamiento de Einstein, que representa la tercera dimensión del conocimiento científico europeo, así como el de Newton repre-

sentó, de manera acabada y conclusa, la etapa anterior, la segunda dimensión, la que hemos llamado cultura de *línea geométrica* y que corresponde, en su expresión última, a la etapa racionalista. En la filosofía, Spinoza, Descartes y Kant representan esta etapa.

En correlación simultánea, la filosofía de la historia y la investigación arqueológica, inicia esta misma expresión relativista en el pensamiento y en los trabajos de Spengler y Frobenius. Las culturas pasadas surgen así, a la vez, como organismos concluidos, como facetas de un todo fluyente y como puntos de referencia en la expresión del espíritu universal. De idéntica manera, las ciencias naturales y biológicas abandonan las irreductibles dualidades anteriores y avanzan una explicación más sintética, cabal y profunda de la vida.

La genial teoría de Marx nos da, por primera vez, una concepción biológica y dialéctica de la historia. Como prolongación y consecuencia de sus estudios comprendemos, claramente, que la economía capitalista entra en su etapa de imperialismo monopolista, que Lenin estudia con certera precisión. El capital rebasa los mercados nacionales hacia las "zonas de influencia". Aparecen las contradicciones internas del sistema, es decir, las dualidades irreductibles entre producción y distribución, entre capitales y trabajo, entre circulación y cambio; se acentúa, dentro del Estado, la beligerancia de las clases económicas que está llegando en estos días, a su máxima virulencia. Ha desaparecido la producción individual y aislada del artesano, es insostenible la producción social y de grupo frente a la apropiación individualista y privada de la plusvalía; la interdependencia económica del mundo, lucha contra la dictadura financiera de la gran industria. Desde distintos ángulos, es el alborear de la etapa revolucionaria, es decir, de la tercera dimensión de la economía en que la producción debe entrar en función de la distribución y ésta en función de aquélla.

A la perspectiva geográfica que amplió el mundo por el descubrimiento de América, los viajes de los navegantes y la navegación a vapor, sucede el sincronismo geográfico del mundo contemporáneo por el empleo del teléfono a larga distancia, de la radio, del telégrafo, de la navegación aérea. Lo que ocurre en Londres, Addis Abeba o Buenos Aires, repercute, inmediatamente, en la conciencia de todos los hombres de la tierra. Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente. Un *crack* en la Bolsa de Nueva York, un golpe de Estado en Serbia, la formulación de una teoría científica en Alemania, el auge de una escuela literaria en Francia, una guerra civil en España y un movimiento revolucionario en Rusia, tienen repercusión e

influencia mundiales(1). En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero. El pensamiento, la emoción y la acción del hombre se realizan en la dimensión de todas las razas y, por consecuencia, en la plenitud de su profundidad funcional.

Y si nos hemos de referir al aspecto negativo de este estadio de la cultura de Occidente, la guerra actual es del todo diferente a la guerra medioeval y a la guerra de la llamada época moderna en los siglos XVIII y XIX. Ya no sólo la constituyen las masas del ejército, sino, también, las poblaciones civiles, la población industrial, el equipo de la ciencia, la potencia económica, los tanques, la radio, las ferrovías, las escuadras marítimas, el aeroplano, los gases químicos, las ondas eléctricas. Todos los recursos de la civilización concurren al efecto destructivo de las masas armadas. Ha desaparecido completamente el factor individual del soldado aislado y la lucha se ha socializado. La guerra es ahora una actividad eminentemente funcional, como todas las otras actividades en la vida de los pueblos contemporáneos.

VII

AMÉRICA EN LA CORRIENTE HISTÓRICA

Podemos vislumbrar ya las ingentes consecuencias para el hombre del futuro de esta etapa de la cultura que apenas empieza y que está destinada a un amplio y maravilloso desenvolvimiento. Sería demasiado complejo si nos detuviéramos a examinar los multifacéticos aspectos de este desarrollo. Bástenos indicar las valoraciones de proyección capital.

1º) *Dimensión intelectual e histórica*, que resolverá en una totalización unitaria como fuerza vital y pragmática, la dualidad hasta ahora irreductible entre el enciclopedismo renacentista y la especialización técnica del siglo XIX, energías ambas que hasta hoy se chocan, se contraponen y que, sin embargo, rigen el metabolismo síquico, si se permite la expresión, de la historia y de la mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de la generalización y el de la especialidad, entre la capacidad panorámica de la inteligencia y su capacidad concreta y específica, entre el filósofo y el experto, entre el estadista y el técnico.

2º) *Dimensión fisiológica y étnica*, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas,

surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

3º) *Dimensión política y social*, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas, surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

4º) *Dimensión ética*, que venga a romper los patrones rígidos, dogmáticos y antivirales de las morales de tribu, que desempeñaron una función disciplinadora en la infancia de los pueblos, pero que ahora obstruyen y embarazan la superación espiritual del hombre. Instauración de una moral amplia, en función de la vida contemporánea, que haga de la conducta una actividad móvil, libre, fluyente y espontánea, y no un código de inhibiciones en el que la prohibición desempeña el principal rol de la existencia ética. En suma, una moral positiva del “obrar” y del “hacer”, reemplazando a las morales negativas del “no hacer” y de la represión.

5º) *Dimensión estética*, que ha de realizar la expresión total del hombre y de la Vida, no ya a través de los cartabones clásicos de las razas aisladas, de los cánones preceptivos, de las agrupaciones celulares, sino, a través de una estética libre que actúe en función de todas las estéticas particulares, en función de todos los temperamentos y climas espirituales de las razas; de una estética que por ser profunda y por haber buceado los estratos primordiales y comunes del hombre, sea accesible a la comprensión, a la emoción, al entendimiento y a la sensibilidad de todos los hombres del planeta.

Por lo menos, dos de estas valoraciones se hallan en trance de realización de América de modo visible e indiscutible: la que hemos llamado *dimensión fisiológica y étnica* y la que hemos denominado *dimensión política y social*. Ambas constituirán el receptáculo material, el aparato o vertebración tangible y sustancial de las otras valoraciones inmateriales e imponderables que deben sustentarse en ellas.

América ha sido el lugar de cita de todas las sangres. Los innumerables vertederos de las razas ha venido a juntarse en esta fuente católica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose en parte en los Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de la América Latina.

De idéntica suerte, los nacionalismos restrictivos y atomizantes de Europa se han resuelto en Estados Unidos en la vasta coordinación federal de veinte estados, que pudieron disgregarse individualmente, como en el Viejo Mundo, y que han constituido una unidad económica, política, cultural y social. Es la primera agrupación continental que ha tenido en la historia en toda su plenitud orgánica. A ésta seguirá una segunda agrupación, de carácter continental también, en los pueblos de América Latina que van salvando, con un forcejeo inaudito, los escollos atávicos de la influencia europea.

Estos dos hechos capitales bastan para enfilarse el futuro destino de América, sobre todo, entre los pueblos indoamericanos, que surgen de una más plenaria integración universal. Los pensadores no han solido valorar en la amplitud de sus proyecciones humanas, estos dos fenómenos, exclusiva y típicamente americanos, que son, sin embargo, los indicios evidentes de una nueva etapa en la historia del mundo.